



De Corazón a Esperanza

Miguel Antonio Vargas García*

Fue una pregunta muy corta, tengo una mala memoria, pero de esta historia nada olvidé.

—¿Quién era el niño Corazón? —dijo.

Recuerdo que reí a carcajadas por la forma en que lo hizo, nunca la había visto y sé que ella a mí tampoco.

Caminaba a casa, el sol ardía incesantemente como se acostumbra a diario, sin embargo, ese día corría por las calles una brisa que parecía y olía a la decembrina, aunque fuese abril. Ella estaba de espaldas a mí, pero de repente volteó su mirada. Pienso que escuchó mis pasos o algún otro ruido hizo que lo hiciera, y sin decir ninguna otra cosa descargó su pregunta.

La risa fue mi única reacción a la forma tan impulsiva y caricaturesca en que lo hizo. Reí fuerte, a carcajadas, sin saber por qué, pero reí. De repente, mi risa paró. A la vista de otros tal vez sin sentido, pero ella lo notó. Lo cierto es que paró de tajo porque me vino a la mente el oscuro recuerdo de aquella fría noche de viernes, cuando el azar de la vida arrancó completamente el corazón máspreciado de este ignorante pueblo. El corazón de un niño, amado y amante, al que nadie comprendió.

Al notarlo, tuvo la gran osadía de mirar mis ojos, leerlos, y no se equivocó. Al ver una lágrima supo que había llegado donde quería, o quizás, había encontrado a quien buscaba. Solo después de eso se presentó, aunque no dio su nombre.

* Miguel Antonio Vargas García es Fonoaudiólogo, Profesor de Fonoaudiología en la Universidad de Pamplona – Colombia—. Pedagogo por pasión y utópico novelista. Su afición literaria parte de las utopías valerosas y altruistas de su personalidad. Un soñador social que desde la educación ha pretendido inculcar el valor a las letras; poeta y amante.

—Hola vecino, soy reportera de “*La vida*” y quiero rendir un homenaje al niño Corazón. Sus auténticas batallas altruistas contra la injusticia deben ser enaltecidas por el pueblo y aunque...

—Qué bien me parece —interrumpí de repente—. Pero déjeme decirle señorita, este pueblo no la ayudará; la injusticia aquí es una religión que todos predicán. Y su opuesto hasta del escudo se ha borrado —refuté.

—Lo sé. Estoy enterada de ello, por eso vine a traer a este pueblo mi nombre —fue lo que dijo.

No la entendí, tampoco quise hacerlo, pues el recuerdo de aquella noche otra vez me abatió. Era domingo, eso parecía. Miré el reloj y no tenía nada que hacer, por eso decidí contestar.

—¿Quién era? Era un niño, siempre fue un niño, aunque su cuerpo, su cara, su voz y sus canas lo delataran. Jugaba a proliferar en el mundo mensajes de paz, mensajes de amor; mensajes que llevaban su nombre, ese que inventó.

—¿Cuál? —preguntó.

—Corazón LiVazá —dije.

Recuerdo que le dejé claro a la niña, porque era una niña, que se escribía con “z” porque con “s” no significaba lo mismo. Eso era lo que decía Corazón.

Ella escribía, lo hacía en una pequeña libreta donde pude visualizar una hermosa paloma blanca emprendiendo su vuelo en medio de la bruma. Lo hacía con pasión, sin parar, sin pestañear. Demoró, pues escribió al pie de la letra lo que dije. Escribía pausado, prolijo, detallando cada letra, cada palabra.

Continué.

—Fue lo más grande que tuvo este pueblo y al parecer lo único grande que tendrá. Corazón daba luz a esta mancha en el mapa, muchas veces oscura y olvidada por todos. Un día salió a la calle, llevaba consigo un trapo blanco que pude leer cuando lo colgó en el parque.

/Les deseo un corazón para todos, y uno grande donde quepa el pueblo/

Muchos rieron al leerlo, otros ni siquiera lo miraron. Solo Damián y yo le agradecemos.

Ella siguió escribiendo, de la misma manera. No tenía prisa. Yo tampoco.

—Continúe —ordenó con firmeza.

Decidí omitir la irreverencia y seguí.

—Damián es el loco del pueblo, por lo menos eso cree la gente. La mente burguesa de los habitantes de este pueblo tiene el concepto de que todo el que duerme en la calle, todo el que anda descalzo o el que pide comida es un loco, sin saber realmente que todo esto ocurre porque Damián no tiene una cama, ni tiene zapatos y tampoco qué comer. Corazón muchas veces lo alimentó. Una mañana llegó al parque con una canasta vacía y un cartel que decía “recibo regalos para Damián”. Al llegar la noche regresó con su canasta, vacía. Al día siguiente izó en el mismo lugar donde colocó la canasta un mensaje que rezaba: “Deseo para ustedes comprensión, tolerancia, para que guarden en aquel corazón que les regalé”.

Era consecuente, hilado, pero incomprendido. El buen actuar no tenía cabida en este lugar. Recuerdo que hizo lo mismo con el panadero, cuando ustedes decidieron cerrarle el negocio porque no pagó impuestos, pero el mismo panadero lo trató mal reprochándole que a él no lo utilizara en sus estupideces.

No entiendo por qué nadie lo quería, por qué su misma sociedad lo tildó de loco, de enfermo, de idiota. No entiendo el vicio social de estigmatizar al diferente, al que no es como todos. Vergonzosa costumbre creer que aquel que ve, siente y piensa diferente es un perdido, un ladrón, un loco.

—Enferma la sociedad que no es capaz de diagnosticarse —concluyó—. Que no tiene la fuerza de alcanzar pasiones, pero sí la debilidad de perseguir obligaciones, opresiones.

Por primera vez se había decidido a hablar fluidamente. La dejé. Ese primer pensamiento me impactó. Supe que tenía la habilidad de la crítica; que estaba ubicada en un punto donde no llegaba la corriente, lo que la hacía objetiva.

Continuó.

—La fuerza mental ha disminuido, las personalidades de hoy han sido moldeadas desde sus inicios y el pensamiento crítico está prohibido. Por lo menos eso es lo que creen algunos. Sin embargo, hay en el mundo quienes aún podemos decir basta y por eso estoy aquí. Cuénteme, ¿qué pasó aquella noche de viernes?

Quedé confundido, hasta ese momento no le había nombrado nada de una noche, ni de un viernes, por eso pregunté:

—¿Qué noche de viernes?

No pestañeaba, tampoco me miraba. No levantaba sus ojos de lo que escribía, no alejaba su pluma de la última palabra, como esperando más, queriendo llenar esas hojas, letra a letra, de una historia triste para mí, pero también indiferente para otros. Ella respondió muy fría:

—El viernes en que este pueblo mató a Corazón.

Resolví preguntarle qué más sabía de Corazón y lo dijo. —Todo.

Sí, lo sabía todo. Contó que conocía muy bien la labor de Corazón en el mundo, específicamente aquí. Que como su nombre lo dice trajo a este pueblo corazón para todos, que era en realidad la traducción de su nombre. Corazón un día me dijo de dónde venía su apellido, LiVazá, y me contó que de su mente. Me dijo que había inventado esa palabra, de la misma forma que la gente inventa conflictos, inventa guerras y transformaciones. Él la inventó y le dio significado, PARA TODOS.

También me dijo cómo mataron a Corazón. Me habló de la indiferencia, de la maldad, de la traición, de la injusticia. También de la guerra, de la intolerancia y de la amargura. Me habló de lo sumido que vive este pueblo en la tristeza, en la mediocridad y el daño espiritual que le hacía toda esa historia a Corazón. Lo fue acabando, lo atormentó, desgarrando su alma y su mente, lo que contribuyó al envejecimiento de su cuerpo. Esa niña me habló de eso y eso mismo me dijo Corazón; alguna vez me confesó que a la fuerza del niño que vivía en su alma la consumió la triste y vaga realidad social. Como si el corazón se hubiese cansado de latir, se hubiese cansado de gritar a viva voz valores, amor, comprensión, justicia, equidad, a un pueblo sordo y cegado por una masa maltrecha que no vive ni deja vivir.

Al escucharla lloré. Me volví a dar cuenta de que esta sociedad errante estigmatiza como bueno lo que hace daño, y de una forma muy estúpida y absurda como malo aquello que busca hacer el bien.

Ahí entendí que corazón es un mártir que intentó traer amor a este pueblo y solo recibió indiferencia. Muchos aportaron a eso.

De tanto verme llorar, ella intervino.

—No se preocupe, es mi turno de trabajar por este pueblo, traeré mi nombre aquí e intentaré que todos lo profesen —dijo.

En ese momento cerró su libreta y se fue. Le pregunté mientras me daba la espalda que cuál era su nombre y solo me dijo: —ya lo sabrá.

No supe más de ella hasta que usted me llamó para contarme que está retenida por pretender brindar al pueblo algo diferente a la resignación. Por movilizarse, gritar, ondear banderas e intentar sembrar en la mente de cada habitante de este pueblo el sentido de su nombre, el sentido de su revolución.

Y ahora que usted me permite leer su prontuario comprendo todo y sabe, entiendo aún más lo pobres que realmente somos. Enterramos el cambio y a los que cambian, es esa nuestra gran pobreza.

Señor, esta niña no merece estar retenida, ella solo quiere traer a este pueblo su nombre: Esperanza LiVazá.